

MONSEÑOR ÓSCAR ROMERO

Homilía en Misa de Honras fúnebres por el Arzobispo de San Salvador.

Abril de 1980

Nos reunimos aquí, en este templo que es mudo testigo de las alegrías y de los dolores de este pueblo. Hoy venimos tristes y acongojados. Un hermano nuestro, el Arzobispo de San Salvador, ha muerto víctima del odio: el odio que no perdona, el odio que no respeta, el odio que no construye.

Sentimos pena y amargura porque no hace muchos meses en Puebla de Los Ángeles, la representación de los obispos de este continente, de estas tierras de América, hacía el recuento de los dolores, de la pobreza, de las angustias y miserias de nuestro pueblo y, al mismo tiempo, señalaba que la Iglesia se levantaba para denunciar estas injusticias, para defender a los pobres y desvalidos, para ser la voz de los que no tienen voz; y que esta acción de la Iglesia, de los hijos de esta Iglesia, de su Jerarquía, despertaba una triste reacción de odio y de violencia y aun de muerte, muerte a que estaban sujetos los hombres y mujeres, los jóvenes y los viejos, los laicos y los sacerdotes y los obispos por cumplir con el sagrado deber de ayudar al Cristo pobre de América, de consolar, de enjugar sus lágrimas y defender sus derechos.

Y hoy vemos que la profecía de los Obispos de América Latina reunidos en Puebla se ha verificado una vez más.

Ayer, en Bolivia, un sacerdote moría por la misma causa; hoy es monseñor Romero quien da su vida por defender al Cristo pobre de América. Ante este espectáculo que llena nuestros corazones de congoja, ante este espectáculo que nos hace creer que el hombre americano no responderá al llamado del Señor, que nos hace creer que esta Iglesia, que ha clamado desde que llegó a estas tierras por la libertad del indio, por sus derechos y que continúa clamando para obtener que otros hijos de esta misma Iglesia comprendan su deber de amar, de respetar, de salir al encuentro del hermano necesitado; nos hace creer que estas voces que han resonado tantos siglos parece que no encontraran eco en el corazón de piedra de algunos de nosotros.

¡Pero no, no puede ser! La sangre de los mártires es la semilla de los verdaderos cristianos. La sangre de los mártires que bañan la tierra de nuestra América hará surgir de ella la flor hermosa de la justicia, de la caridad y de la libertad, como hemos rezado al Señor del Cielo y al Padre Nuestro en la Misa de hoy.

Sí. Tenemos fe. Tenemos esperanza y abrigamos la certeza de que esa caridad que renueva todo, que renueva la faz de la Tierra, que hace grandes a los pueblos, que levanta al humilde y al desvalido, esa caridad se impondrá en los corazones de los hombres sensatos y cristianos de esta América nuestra. Ante este espectáculo, ante esta realidad, los Pastores de toda América

hacemos un examen de conciencia y nos preguntamos si es lícito callar ante las circunstancias en que vivimos, y nos preguntamos si habrá alguien que nos intimidará, y nos preguntamos si la violencia, el odio y la muerte serán capaces de apagar la justicia, la caridad y la libertad.

Los obispos de esta tierra, los fieles y los hombres cristianos de verdad de estas tierras, debemos afirmar, una vez más, que nadie nos podrá separar de la caridad de Cristo, el Señor: esa caridad y ese amor a nuestro hermano desvalido y sufriente de esta América que lleva el signo de Cristo en su frente, pero que también lleva la traza del pecado en su corazón. Nadie, con la gracia del Señor que nos señala el camino que nos lleva a la muerte en servicio de nuestros hermanos, nadie hará callar a esta Iglesia que, como la voz de Dios, vendrá a clamar por el desvalido, por el oprimido, por el que no tiene o no recibe justicia.

No sólo vamos a clamar, no sólo vamos a denunciar. Vamos a levantar nuestras voces al Dios del Cielo; los hombres de manos limpias, de corazón sincero, los hombres que aman la verdad, han de ser oídos en el Trono del Señor. Sí, Señor. Nosotros creemos que a pesar de nuestras miserias y pequeñeces, Tú nos vas a oír. Y si no son suficientes nuestras plegarias, nuestras lágrimas, nuestros trabajos y sudores, ciertamente oirás, Señor, el dolor de tantas mujeres, de tantos niños, de tantos hombres que se arrastran por las tierras de este continente y que no tienen la dicha de vivir como hijos tuyos.

Por ellos, Señor, por lo que valen, por lo que son, por su cruz y su martirio, nosotros te pedimos que tu cayado reine en estas tierras de América, reine en nuestra patria y que los hombres de ellas sepan lo que es ser un hombre y ser hermanos.

Madre Tierra de estos pueblos que Tú acunaste en los primeros días de nuestra América, Madre, Virgen India de Guadalupe, acuérdate de estos hijos tuyos que llevan en el color de su piel, en el dolor de sus rostros, en el sudor de su frente, las cadenas de sus miserias y tristezas; pero miran a Ti, te saben Madre, y esperan de Ti. ¡Reina y Señora de América, ven, ven a ayudarnos. Ven a traer a Cristo, el Señor, el amor que se hizo carne, el amor que fue el capullo que Tú engendraste en tu seno virginal!

Santiago, Abril de 1980